

rebuçados en sus capas;  
y sobre los toscos muros  
de iglesias aun no acabadas  
ardiendo frente á una imagen  
la sucia y humilde lámpara  
á cuyo reflejo á veces  
se cruzaban dos espadas,  
ó de ilícitos amores  
hubo aventuras extrañas.

Entre tan tristes callejas  
dentro y fuera de la *traza*  
hubo algunas en que todos  
á penetrar se negaban,  
y de todas éstas, una  
daba pavor á las almas,  
porque según referían  
largos sermones y pláticas  
era el lugar escogido  
de noche en las horas altas  
para una danza tan triste  
como la danza *macabra*.

Más de una vez refirióse  
con sentenciosas palabras,  
que en la inmunda callejuela  
los *nahuales* se juntaban,  
y que asidos de las manos  
frente á horribles luminarias,  
hechas en siniestras piras  
de osamentas hacinadas,  
al rayar la media noche  
daban comienzo á la danza,  
á los gritos de las brujas  
entre endriagos y fantasmas.

En los púlpitos decían  
que los *nahuales* cambiaban  
de forma según su antojo;

que sus ojos sin pestañas,  
sus rostros despellejados,  
sus uñas corvas y largas,  
su piel cubierta de plumas,  
sus grises melenas lacias,  
sus fatídicas sonrisas  
y sus diabólicas mañas,  
eran el terror del pueblo,  
porque de noche llegaban,  
sin ser sentidos, al fondo  
de la más segura estancia  
para robarse á los niños,  
y en la calleja citada  
entregarlos á las brujas  
que la sangre les chupaban,  
y los exánimes cuerpos  
daban de pasto á las llamas.

Y cuentan los que lo vieron,  
que ni las rondas de capa,  
ni rudos arcabuceros,  
ni alguaciles, ni canalla,  
después de oír en las torres  
el toque de la plegaria,  
se acercaron á aquel sitio;  
y con terror le llamaban  
con un nombre que al presente  
como recuerdo se guarda:  
« La Cueva de los Nahuales  
ó El Callejón de la Danza »,

## JUAN CARBONERO

## I

De la pintoresca Sierra  
en las enhiestas montañas,  
nació Juan entre las rocas,  
tal como nacen las águilas.

Desde sus primeros años  
cogió en sus manos el hacha,  
y los más fuertes encinos  
convirtió en menudas rajás.

Era leñador su padre  
y él heredó su pujanza,  
aprendiendo desde niño  
á correr grandes distancias

Siempre sacudiendo el sueño,  
antes de rayar el alba,  
íbase á pie por veredas  
ignotas y solitarias,

sin temor á sol ni lluvia,  
hollando guijas y zarzas,  
subiendo igual á las cimas  
que bajando á las barrancas.

Con un báculo en la mano  
y el haz de leña á la espalda,  
jamás llegó inoportuno  
al sitio en que lo mandaran.

Era Juan de tez cobriza,  
de frente estrecha y tostada,  
negros y expresivos ojos,  
cabellera negra y lacia,

nervudos y ágiles miembros,  
pecho fuerte, manos anchas,  
firme en sus resoluciones  
y de muy pocas palabras.

Vivió tranquilo y felice  
en su modesta cabaña,  
con gran apego al trabajo  
y una sumisión sin tacha.

Á amar á Dios ciegamente  
lo enseñaron en la infancia,  
sin ese frívolo culto  
de las gentes cortesanás.

Y él labró una cruz silvestre,  
y de su monte en la falda  
la clavó en gruta musgosa,  
pintoresca é ignorada.

Su altar rústico tenía  
por limpio cristal el agua,  
que bajando entre las peñas,  
espejo á la cruz formaba.

Juan, domingo tras domingo,  
al despuntar la mañana,  
iba allí con gran acopio  
de flores rojas y blancas,

y entretejiendo con ellas  
rica y vistosa guirnalda,  
del santo signo en los brazos  
con devoción la colgaba.

¡ Qué dulce misa, la misa  
que en aquella frágil ara,

cantaron en cada aurora  
 los mirlos y las calandrias!  
 ¡Qué templo aquél, con sus naves  
 de frondosas enramadas  
 y con el incienso agreste  
 de las flores y las auras!  
 Juan tuvo altar en su gruta,  
 en su silencio plegaria  
 y para su fe sencilla  
 por solo sagrario el alma.  
 Cuando su padres murieron  
 bañó sus restos con lágrimas  
 y les abrió sepultura  
 junto á aquella cruz sagrada.  
 Y siguió huérfano y triste,  
 huésped de humilde cabaña  
 y cargando como siempre  
 el haz de leña á la espalda.

## II

De nuestra patria en defensa  
 alzaronse en aquel tiempo,  
 henchidos de fe y bravura  
 indomables guerrilleros,  
 Émulos de aquellos hombres  
 que ensalzan los bardos griegos,  
 terror infundiendo á España  
 cien adalides surgieron.  
 Eran emblema de gloria;  
 su escudo fué el propio pecho;  
 su solo amigo un caballo;  
 su solo amor nuestro suelo;  
 cada roca su baluarte;  
 el tosco peñon su lecho;  
 los harapos su uniforme,  
 y su hogar el campamento.

Juan el leñador, un día  
 viajando se halló al encuentro  
 una legión numerosa  
 de montados guerrilleros.  
 El jefe que los mandaba,  
 alto, robusto, trigueño  
 y con todas las señales  
 de audaz, valiente y enérgico,  
 llamó al indio y contemplando  
 su humilde, apacible aspecto:  
 — ¿Á qué punto te diriges?  
 le dijo con dulce acento,  
 — Voy, señor, Juan respondióle;  
 para la ciudad de Méjico.  
 — Pues mejor que tú, ninguno  
 puede servirnos queriendo.  
 ¿Tú no sabes quiénes somos?  
 — Seréis tropas del Gobierno.  
 — Hombre, el Gobierno es de España  
 y á España no defendemos;  
 somos hijos de la Patria;  
 ¿sabes, buen hombre, qué es eso?  
 Y ruborizado el indio  
 quedó pensando en silencio.  
 — Pues la Patria es el sagrado  
 lugar en donde nacemos;  
 la tierra de nuestros padres;  
 el amor de nuestro pecho,  
 y hace ya trescientos años  
 que los hijos de este suelo  
 somos miseros esclavos  
 de un rey que vive muy lejos.  
 Estos soldados que miras,  
 que luchan con gran denuedo  
 y que su solo uniforme  
 es la chaqueta de cuero,  
 quieren hacernos felices,

quieren libertar á Méjico,  
y como esta tierra es tuya,  
pues era de tus abuelos,  
es fuerza que nos ayudes,  
¿entiendes, buen hombre?

— Entiendo.

— Tú puedes muy bien servirnos.

— ¿De qué modo?

— De correo.

Yo necesito que vayan  
hasta Méjico unos pliegos  
y entre tus rajadas de leña  
puedes muy bien esconderlos.

— Señor, todo lo que dices  
con claridad lo comprendo,  
mándame lo que tú quieras  
y cuenta que te obedezco.

— Pones tu vida en peligro.

— Á nada le tengo miedo.

— ¿Cómo te llamas?

— Juan Lucas.

¿Y tú?

— Vicente Guerrero.

Y dichas estas palabras  
el indio cogió unos pliegos,  
los guardó bien escondidos  
y siguió el viaje en silencio.

### III

Los soldados insurgentes,  
que por el sur combatieron,  
encontraron en Juan Lucas  
un poderoso elemento.  
Los sirvió tan bien y tanto,  
que transcurrido algún tiempo  
le pagaban fuertes sumas

para sostener en Méjico  
un expendio acreditado  
de carbón macizo y seco.

Siguió Juan Lucas sus viajes,  
y en sus calcinados leños,  
que taladraba con arte  
y con el mayor misterio,  
las cartas más importantes,  
los informes más secretos,  
se cambiaron sin peligro  
entre Chilpancingo y Méjico.

Por una infame denuncia  
á Juan Lucas sorprendieron  
y fué sentenciado á muerte  
por traidor al Rey y al Cielo;  
y cuentan los que lo saben  
que estando Juan Lucas preso  
mandó al Virrey un recado  
concebido en estos términos :  
« Ya llevo más de dos días  
de vivir en este encierro,  
y el solo favor que pido  
es que me fusilen luego,  
porque nunca me ha gustado  
estarme perdiendo el tiempo ».

Mandó el Virrey fusilarlo,  
y por cadalso escogieron  
la plaza donde tenía  
Juan Lucas su vasto expendio  
y que en su honor le llamamos  
« Plaza de Juan Carbonero ».

## CALLE DE LA MACHINCUEPA

Era doña Paz Quiroga  
dama de lujo y renombre,  
que vino á Méjico el año  
de setecientos catorce.

Era de voluble genio,  
extremada en sus pasiones,  
y de un orgullo tan grande  
que daba espanto en la Corte.

Lo mismo por su hermosura,  
que por sus limpios blasones,  
siempre se creyó más alta  
que los ricos y los nobles.

Siempre vió con menosprecio  
á concejales y oidores  
y se juzgó un sol de gracia  
del Virrey en los salones.

Para hablarle era preciso  
rogar á sus servidores,  
porque fué la más altiva  
de las altivas de entonces.

Las damas más opulentas  
nunca estuvieron conformes  
con hallar en todas partes  
cercada de adulaciones  
á doña Paz, que tenía

tras de su carácter doble,  
un corazón que albergaba  
envidia, celo y rencores.

Mas ella nunca hizo caso  
de vanas murmuraciones  
y era poderoso influjo  
de jueces y sacerdotes.

En los más lujosos templos,  
y en las más grandes funciones  
deslumbraba con su brillo,  
su devoción y su porte.

Y en las fiestas y saraos  
era encanto de los hombres,  
que más que muchas virtudes  
buscaban muchos doblones.

Saludábanla en la calle  
los graves inquisidores,  
y agolpábanse á sus puertas  
cada sábado los pobres.

Y era sabido de todos  
que por su orgullo y renombre  
ninguna se le igualaba  
de Nueva España en la Corte.

### II

Don Mendo Quiroga y Suárez,  
marqués de Valle Salado,  
por aquellos mismos tiempos  
cumplió más de setenta años:

Agudas enfermedades  
sus miembros paralizaron,  
y padeciendo vivía  
quejumbroso y solitario.

Fué en su juventud marino  
y le dejó buenos cuartos

la venta de carne humana  
con piratas y corsarios.

Héroe de cien aventuras  
los amores lo cansaron,  
y si tuvo descendientes  
jamás los llevó á su lado.

Se radicó en Nueva España  
cuando abandonó su barco  
y acrecentó su fortuna  
en mercantiles trabajos.

Hombre de palabra firme  
y de proceder honrado  
encontró por todas partes  
amigos que le ayudaron.

Y cuando ya establecido  
tuvo sociedad y rango  
y en asuntos de Gobierno  
llegó por rico á ser árbitro,

mandó para el rey de España  
tan opulentos regalos,  
que con títulos y honores  
su largueza le pagaron.

Dueño de inmensas salinas.  
esto sirvió al Soberano  
para otorgarle en justicia  
el título nobiliario.

Y fué marqués, y fué rico.  
y todos lo respetaron,  
y como en aquellos tiempos  
murió en España su hermano,  
él recogió á su sobrina,  
que á vivir vino á su lado,  
y á la cual dió generoso  
el más espléndido trato ;

pero doña Paz Quiroga  
en vez de besar la mano  
que fué con ella tan pródiga  
y su orfandad puso en salvo,

siempre vió con duro ceño  
y con desdén al anciano  
y le trató, por enfermo,  
con repugnancia y con asco.

En muchas conversaciones  
llegó á decir sin reparo :  
« Ya no soporto la vida  
entre tizanas y bálsamos ;

» yo tengo mi cruz horrible  
en este viejo baldado  
á quien Dios debiera pronto  
á mundo mejor llevarlo ».

Y no faltó quien le fuera  
á decir ésto, al anciano,  
al que tan sólo asistían  
enfermeros mercenarios.

Cuando doña Paz llegaba  
á darle un saludo al paso,  
entraba cubierto el rostro  
con pañuelo perfumado  
y sin atreverse nunca  
á dar al viejo la mano ;  
que más negra que la noche,  
más que del infierno el antro  
es la ingratitude que anida  
en el corazón humano.

### III

Después de horribles martirios  
al fin expiró don Mendo

y le acompañó á la fosa  
innumerable cortejo.

Hizo tantas caridades  
que tuvo, á falta de deudos,  
mil pobres que le lloraron  
y su nombre bendijeron.

Era sabido de todos  
que su nombre y su dinero  
tocaban á una persona  
por la sangre y el derecho.

Iba doña Paz Quiroga  
dentro de muy breve tiempo  
á convertirse en marquesa  
con un capital inmenso.

Y aunque no mostró señales  
de justo y profundo duelo,  
si dijo con gran descaro  
entre gentes de abolengo :  
« Siempre me amó como padre,  
y como á padre lo heredo ».

Corrido el plazo forzoso  
se abrió al fin el testamento,  
y halláronse estas palabras  
que al pie de la letra inserto :

« Á Paz, mi amada sobrina,  
todos mis bienes le dejo  
á condición de que pague  
la amargura que le debo  
haciendo lo que aquí mando  
tal y como yo lo ordeno ;  
pues si no me obedeciese  
se dará cuanto poseo  
á la orden de San Francisco,  
cuya devoción profeso,  
y á la orden de Mercedarios

para bien de su convento.  
Lo que mando á mi sobrina  
es, que salga en coche abierto  
atravesando las calles  
de San Francisco y Plateros,  
llegue al medio día á la Plaza,  
y allí, en el lugar del centro,  
con un vestido de baile  
y su más rico aderezo,  
humillando la cabeza  
dé una vuelta sobre el suelo  
de las que aquí en Nueva España  
llama *Machincuepa* el pueblo,  
y repito, que al negarse  
al capricho que le ordeno,  
mercedarios y franciscos  
serán de mis bienes dueños  
si á contar desde mi muerte  
pasan seis meses lo menos ».

## IV

Muchas lágrimas amargas,  
mucho dolor, mucho miedo,  
cláusula tan caprichosa  
á doña Paz produjeron.  
No se la vió en los salones,  
ni se la encontró en el templo,  
que enferma y avergonzada  
escondióse en su aposento.

Pero volaron los meses,  
y era ya público en Méjico  
lo que en pago á tanta injuria  
puso en condición don Mendo.  
Mercedarios y franciscos  
el capital exigieron ;

doña Paz vió una fortuna  
de tres millones y medio  
que de sus manos podía  
escaparse en un momento.

Y cediendo á la codicia  
aceptó el fallo tremendo ;  
y una mañana de junio  
fué á la Plaza en coche abierto ;  
allí encontró un mar humano,  
que estaba henchida de pueblo ;  
y lívida como muerta  
bajó en un lugar del centro,  
y sobre la rica alfombra,  
que los criados extendieron,  
inclinando la cabeza  
dió una vuelta sobre el suelo.

Crujió la rica peineta  
y el traje en el rudo vuelco  
todo el pudor de la dama  
dejó entre risas maltrecho.

¡ Qué gritos y carcajadas,  
qué injurias y qué denuestos  
de un millón de ignotos labios  
brotaron al mismo tiempo !

Doña Paz quedó privada,  
y al llevarla á su aposento  
iban diciendo las gentes  
por las calles de Plateros :  
« Para castigar orgullos  
aun vive Dios en los cielos,  
Él ensalza á los humildes  
y Él abate á los soberbios ».

Y cuentan, los que lo saben,  
que cerca de un año entero  
doña Paz estuvo loca

con el espíritu enfermo.  
Recogió al fin la fortuna,  
aunque maldijo á don Mendo,  
y la calle en que vivía  
desde aquel remoto tiempo  
calle de la « Machincuepa »  
se nombra como recuerdo.



## CALLE DE LA CANOA

Á MI MUY QUERIDO AMIGO NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

De Tenoch en la ciudad  
todo conmueve y aterra,  
que siempre infunde la guerra  
espanto á la humanidad.  
El luto y la soledad  
en plaza y barrios se advierte,  
humilla al pueblo la suerte  
que sólo destrozos mira  
y el aire que se respira  
es el soplo de la muerte.

Profánanse los altares  
causando escándalo y duelo,  
y nada concede el cielo  
á los dioses tutelares.  
En los desiertos hogares  
entra medrosa la luz,  
retruena el tosco arcabuz,  
que á los tímidos espanta,  
y orgullosa se levanta  
sobre el teocali la cruz.

Flota cual rojiza bruma  
vapor de sangre en los lagos  
y no amengua los estragos  
la muerte de Moctezuma.

El regio manto de pluma  
del odiado Emperador,  
cuelga el pueblo con amor  
en los hombros de un guerrero,  
en su voluntad acero  
y en sus formas gladiador.

Joven, de espíritu sano,  
supo imponerse de un modo,  
que es el rey, el alma, el todo  
para el pueblo mejicano.  
Lanza la flecha su mano  
cual rayo nube preñada ;  
no teme ni espera nada,  
y por arte extraña son :  
su bravura de león  
y de águila su mirada.

Su faz baña esa luz pura  
que revela á un tiempo mismo :  
valor, martirio, heroísmo,  
genio, bondad y amargura.  
No cubre tosca armadura  
su cuerpo que frágil es,  
y donde asienta sus pies  
está la patria completa :  
¡ la patria á que osado reta  
con orgullo Hernán Cortés !

Su grandeza basta sólo  
para que el mundo se asombre,  
¡ y no sabe que su nombre  
sonará de polo á polo !  
No alienta perfidia y dolo ;  
ama con amor profundo  
su tierra y mira iracundo  
que planta extraña la huella,  
y surge á morir por ella  
sin presentir otro mundo.

Nada guarda en su memoria  
de otros héroes y otras leyes;  
nada sabe de otros reyes,  
nada espera de la historia.  
No quiere un laurel de gloria  
ni su nombre enaltecer,  
cumple sólo ese deber  
natural, sagrado, fijo,  
por el cual defiende un hijo  
á aquella que le dió el ser.

Nada le estorba ni daña  
para luchar sin reposo  
y es por lo pequeño hermoso  
frente á la legión de España.  
Él es la fe que acompaña  
á una raza siempre altiva,  
es la gloria siempre viva  
de la multitud guerrera;  
¡Cuauhtemoc! ¡el alma entera  
de la patria primitiva!

¿Qué plan en su mente fragua?  
¿Cuál fin secreto concilia  
que da á su noble familia  
por palacio una piragua?  
¡Un frágil leño en el agua  
hospeda á un Emperador,  
porque el hogar de su amor,  
su blando y caliente nido,  
en ruinas lo ha convertido  
el tenaz conquistador!

La lombarda todo arrasa;  
los hombres mueren á miles  
y horadan los proyectiles  
los muros de cada casa.  
Y noche por noche pasa  
sobre el estadio sangriento,

invisible y turbulento  
tropel de antiguos señores,  
que viendo tantos horrores  
dan alaridos al viento.

El pueblo en tanto combate  
no logra del triunfo el fruto  
y su sangre es el tributo  
que ofrece á cada penate.  
¡Ay del que su ánimo abate  
por mirarse en sangre tinto!  
¡No puede en aquel recinto  
mostrar que teme ó desmaya  
ante quien ha puesto á raya  
las tropas de Carlos Quinto!

El pueblo azteca no quiere  
vivir sin patria ni hogar,  
y lucha sin esperar,  
y sin esperanzas muere.  
Al proyectil que lo hiere  
juzga de fuerza extrahumana,  
y la flecha y la macana  
embotan sus golpes rudos  
en las corazas y escudos  
de la gente castellana

No deja el arco maltrecho  
si dispara la saeta  
al rubio y forzudo atleta  
que con hierro escuda el pecho.  
Al indio asiste el derecho  
que á un tiempo es arma y escudo,  
sale á combatir desnudo  
y expira frente al hispano  
como un gladiador romano  
que al morir lanza un saludo.

Opuestas son las naciones  
y opuestos son los vasallos;

faltan al indio caballos  
y arcabuces y cañones,  
Son chusmas y no legiones  
las que halla el hispano experto;  
combaten á campo abierto,  
siendo ante el más decidido  
un estorbo cada herido  
y un baluarte cada muerto.

Cuauhtemoc que sólo abriga  
genio, valor y entereza,  
nunca dobla la cabeza  
ni al dolor ni á la fatiga.  
Cuando la suerte enemiga  
ningún desastre perdona;  
cuando todo le abandona,  
y á sus pies se abre un abismo,  
perder quiere á un tiempo mismo  
la cabeza y la corona.

Sólo una pena le abruma  
y eternamente le acosa:  
la tristeza de su esposa,  
sobrina de Moctezuma.  
Siempre que la tarde esfuma  
su púrpura en el espacio  
y como sol de topacio  
nace la primera estrella,  
viene á visitar con ella  
las ruinas de su palacio.

El sordo rumor se apaga  
de lombardas y arcabuces,  
y una barca con dos luces  
entre los escombros vaga.  
Cuauhtemoc la suerte aciaga  
respetra en esos escombros,  
no muestra dolor ni asombros,  
porque morir es la ley

que impone el manto de rey  
que no le pesa en sus hombros.

En la horrible soledad  
que enluta el campo y el agua,  
suya es la sola piragua  
que penetra en la ciudad.  
Con augusta majestad  
llega triste y lentamente  
de las ruinas frente á frente,  
y á tiempo que las divisa  
mezcla una dulce sonrisa  
con un suspiro doliente.

Es que el corazón humano  
por noble y grande que sea,  
siempre se abate y flaquea  
viendo que el placer es vano.  
Ningún tesoro mundano  
nos da la felicidad,  
porque de edad en edad  
y siempre ante igual empeño  
es sólo un mentido sueño  
que engaña á la Humanidad.

El joven indio aguerrido  
contempla allí pesaroso  
que lo futuro es dudoso  
y lo pasado perdido.  
Y ante la verdad rendido  
busca la fiel expresión  
de su secreta aslicción  
y un suspiro brotar deja,  
que entrega al aire la queja  
más honda del corazón.

« Cuanto tuvimos aquí,  
— le dice á su bien amado, —  
los *teules* han destrozado,  
y yo lo siento por ti.

Mañana, ausente de mí,  
me buscarás con dolor  
y te faltará el calor  
de aquellas horas que huyeron,  
en estas ruinas que fueron  
el nido de nuestro amor ».

Y retando á la fortuna  
impulso á su barca daba  
que como un cisne surcaba  
sobre la mansa laguna.  
Un claro fulgor de luna  
á la piragua envolvía,  
y Cuauhtemoc que sufría  
sin dar al cielo un reproche,  
centinela de la noche  
velando esperaba el día.

Contraria le fué la suerte,  
y al indomable guerrero  
impuso el caudillo ibero  
tras el tormento la muerte.  
Denodado, altivo y fuerte,  
es un héroe sin segundo,  
y bajo el árbol fecundo  
de la Justicia y la Gloria,  
no hay quien le iguale en la Historia  
ni quien lo imite en el mundo.

Sol de inextinguible luz,  
el pueblo que lo admiraba  
á la calle en que habitaba  
le llamó de Guatemuz.  
Y cuando extendió la cruz  
su imperio transformador,  
del valiente emperador  
el palacio fué arrasado,  
y el sitio en que estuvo alzado  
es hoy calle del Factor.

Y agrega también la fama,  
y así la conseja doy,  
que por la calle que hoy  
« de la Canoa » se llama,  
Cuauhtemoc y el bien que ama,  
en frágil embarcación,  
cruzaban por su extensión  
para ver con tristes ojos  
los solitarios despojos  
del templo de su ilusión.

## EL CALLEJÓN DEL GARROTE

### I

En una calleja larga,  
y además de larga estrecha,  
y además de estrecha obscura,  
y más que obscura desierta;  
allá en los remotos años,  
en las atrasadas fechas  
en que estuvieron en auge  
duendes, brujos y hechiceras,  
cronistas desconocidos  
dándolo por cierto cuentan  
lo que en mal verso relato  
en mal zurcida leyenda.

¡ Qué horribles hechos refieren!  
¡ Qué espeluznantes escenas  
de los inquietos vecinos  
de la incógnita calleja!

Noche por noche tenían,  
como el vulgo dice, gresca,  
que en palos y cuchilladas  
pasaban las horas muertas.

Allí cada matrimonio  
era viviente tragedia,  
que maridos y mujeres  
andaban siempre á la greña.

Cada casa, según dicen,  
era una casa de fieras  
amenizada con gritos  
de maldición y blasfemias.

Al sonar las oraciones,  
las ánimas ó la *queda*,  
no era extraño ver á un hombre  
salir en veloz carrera,  
con la cara ensangrentada  
y partida la cabeza,  
tras una mujer que huía  
también herida y maltrecha,  
soltando atroces vocablos  
de la excomulgada lengua.

Allí no extrañaba á nadie,  
en cada alborada nueva,  
hallarse en estrechos patios  
tintas en sangre las piedras.

Fiel trasunto del infierno  
juzgóse imposible empresa  
que alguaciles y corchetes  
en paz á todos pusieran.

Las escandalosas riñas  
jamás alcanzaron tregua,  
ni en las horas silenciosas  
de la sagrada cuaresma.

Pues se formaba la urdimbre  
de vagos y mujerzuelas,  
de rufianes desalmados  
y Celestinas incrédulas.

No faltaba en los tugurios,  
antros de sombras espesas,  
la tosca imagen de un santo  
con sus empolvadas velas;

y en los que llamar podría  
zaquizamí de polendas,  
algún nicho de cristales  
con arbortantes, almendras,  
mosquitero y guarda brisas,  
sobre repintada mesa.

Era en los otros cubiles  
indispensable presea,  
ya un pequeño crucifijo  
de labor guatemalteca,  
ya un triste Divino Rostro  
más pálido que la cera  
y que lloraba polilla  
por el marco y por la tela;  
ya una divina infantita  
con su vara de azucenas;  
ya la sombra de san Pedro  
amparando cada puerta,  
ó ya un papel mal pegado  
en paredes y vidrieras,  
para conjurar peligros  
con una oración impresa;  
la oración del Juez más Justo,  
que á quien consigo la lleva  
ni lo hieren los puñales  
ni las balas le penetran.

Y entre tantos amuletos,  
y baratijas y ofrendas,  
era constante la riña  
y sin término la ofensa,  
sin que el negro laberinto  
apaciguarlo pudieran  
alguaciles y corchetes  
por temor ó por vergüenza.

## II

De la calleja en la esquina,  
y por todos respetado,  
habitaba un indio viejo,  
vecino de muchos años.

Era tenido por brujo,  
por hechicero y por sabio,  
y sanó á muchos enfermos  
con exorcismos y ensalmos.

Á todos temor impuso  
citándoles su pasado  
y vaticinando cosas  
que verdades resultaron.

Los disturbios de familia,  
los más secretos quebrantos,  
las rencillas de maridos  
y los rencores de hermanos,  
se consultaban al indio  
con ese sigilo santo  
con que un penitente dice  
al confesor sus pecados;  
y él, discreto y precavido  
á todo allanaba el paso,  
y con ambiguas promesas  
en misteriosos oráculos,  
dejaba á los que pedían  
un consejo de sus labios,  
si no alegres y felices  
por lo menos consolados.

Siempre que un niño nacía  
en aquel revuelto barrio,  
era el indio su padrino  
de pila ó escapulario,  
y haciendo extenso registro  
de su cabeza y sus manos,

éste será,—les decía,—  
un criminal ó un honrado,  
y aconsejaba á los padres,  
según lo exigiera el caso,  
por tales ó cuales medios  
abrirle camino al vástago.

Era como en otros siglos  
los augures y los magos,  
consultor de las estrellas,  
profundo en el astrolabio,  
descubridor de misterios,  
para las intrigas apto,  
y tras la hipócrita risa  
pillo, incrédulo y avaro.

En la angosta callejuela  
era persona de rango  
y allí bastaba su influjo  
para curar descalabros.

Su consejo obedecían  
los más rudos y más bravos,  
y en las más atroces riñas,  
en los más oscuros antros,  
sus palabras eran leyes,  
evangelios sus mandatos,  
virtudes sus enseñanzas  
y sus acciones milagros.

Llamaba á los mozos hijos,  
á los viejos, sus hermanos ;  
y para mozos y viejos  
era á todas horas árbitro,  
porque todos opinaban  
como opinaba don Tacho,  
rey absoluto en su calle  
y virrey en todo el barrio.

## III

Nada es constante en la tierra,  
y al indio llamó una noche  
el alcalde para hacerle  
serias amonestaciones.

— Ya es tiempo de darle término  
á escándalos tan atroces,—  
le dijo,—y no nos ayudas  
como debieras, buen hombre.

Esas gentes te obedecen,  
te adulan, te reconocen  
y tú logras aquietarlas  
en cuanto te lo propones.

Inventa un medio seguro,  
que en tu calle son feroces  
las mujeres, que están siempre  
revelándose á los hombres.

Pónmelas en paz, don Tacho,  
y harás que yo te perdone  
tanto abuso que cometes  
como brujo y como dómine.

Salióse el indio pensando  
en cumplir pronto tal orden  
y convocó á los maridos  
para su casa en la noche.

Al ver allí á todos juntos  
les dijo : Ya me conocen,  
en todo valen las obras  
mucho más que las razones ;  
basta de pleitos y riñas  
que en alarma al barrio ponen  
y vivir en paz juremos  
como lo previene el orden.

— Señor,— dijo alguien,—no somos,

y de oirlo no te enojés,  
el origen de los pleitos...

—¿Pues quiénes?

—Nuestras consortes.

—Está bien; voy á entregaros  
lo que en paz al diablo pone  
y con lo cual será raro  
que de nuevo os incomoden.

La medicina que tengo  
no quiero que me la compren,  
y he de repartirla gratis  
porque no exploto á los pobres.

Y todo el que se la lleve  
esta condición se impone :  
la de aplicarla con tino  
aunque el sentido trastorne.

Y á cada jefe de casa  
el indio entregó un garrote,  
de aquellos que ni en las piedras  
se quiebran al dar de golpes.

.....

Y cuentan que aquel remedio  
para males tan atroces,  
dió brillantes resultados  
pasadas algunas noches.

De tal suerte tornó al barrio  
la quietud que antes faltóle,  
que se convirtió en cartuja  
cada nido de jicotes,

y un chusco que supo el caso  
fué con intención muy noble,  
y en las opuestas esquinas  
de la calleja deforme  
colgó el remedio infalible

que puso á tantos en orden,  
y cuantos allí lo vieron  
aprovecharon el nombre  
y llamaron á aquel sitio  
« El Callejón del Garrote ».



## LA CALLE DE LOS DONCELES

## I

Con el séquito que trajo  
un virrey, á Nueva España,  
llegaron ocho donceles  
de indescriptible arrogancia.

Eran, al decir de todos,  
de distinguida prosapia,  
con pergaminos y escudos  
de la más brillante heráldica.

Mirábanlos las mujeres  
como apolíneas estatuas,  
pero esquivando gazmoñas  
conversarles cara á cara.

Y era de verlos á todos  
en palacio haciendo guardia  
con vistosos uniformes  
mitad nieve y mitad grana.

Juntos iban por la calle  
á la iglesia y á la plaza  
departiendo alegremente  
al rumor de sus espadas.

Hablóse de todos ellos  
con gran sigilo en las casas,  
porque á padres y á maridos  
pusieron en gran alarma.

Y más crecieron los sustos  
de las gentes timoratas  
sabiendo que todos eran  
de Sevilla y de Granada.

Centinelas incansables,  
habituados á las zambras,  
y perpetuos rondadores  
de balcones y ventanas.

Tenores al aire libre  
en alegres serenatas,  
prontos á verter su sangre  
por conquistar á una dama.

Hombres de angosta escarcela  
y de conciencia muy ancha;  
los miedos á Dios y al mundo  
cargábanlos en la espalda.

Y en comidas y saraos,  
como en religiosas pláticas,  
á las más lindas doncellas  
galantes ruborizaban.

De cada cual se decían  
historias breves ó largas  
de infortunados amores  
fuentes de dolor y lágrimas.

Quién con delicado tino  
sedujo á discreta dama,  
quién enamoró á una monja  
y quién burló á una casada.  
Y eran tales los embustes  
y eran las consejas tantas  
que no faltó quien dijese,  
como una verdad sagrada,  
que aquellos ocho donceles  
dieron tal guerra en España  
con sus cuitas amorosas